

Capítulo 7 - La Tierra de los Caminos Rotos

El polvo soñó con calcetines aquella noche, pero fue un sueño lo suficientemente débil como para que no estuviera seguro de si era realmente él. El cachorro seguía intentando hablar con su boca, pero todas sus palabras eran ladridos, causando una frustración profunda en ambos.

El otro sueño de la noche fue un sueño de árboles, lleno de sus pensamientos y experiencias, aunque solo una mínima parte de los cuales lograba entender. Pero cuando despertó, pudo recordar un poco más que la vez anterior. Suficiente para reconocer parte de esa eternamente cambiante realidad llena de magia, con todos sus patrones y formas. Más que nada, le humillaba. Nunca había esperado comprender completamente su mundo, pero ver más de su tamaño y majestuosidad le dejaba una sensación persistente de insuficiencia.

Eso solo hacía que los valore más. Se levantó de la cama y se puso en pie, estirándose con un crujido que parecía fuera de lugar en el silencio solemne. La luz apenas empezaba a clarear, lo suficiente como para orientarse. La niebla matutina no había atravesado aún las rendijas del techo y llenaba todos los huecos de un gris difuso. El aire era fresco—frío, incluso—y lo notó intensamente tras estar acostumbrado a despertar sobre un cachorro cálido.

Pero era su frío, en medio de su bosque, causado por la humedad que humedecía su piel y todo lo demás. Había pasado más tiempo fuera del bosque que dentro, pero seguía considerándolo su hogar, y eso le hacía sentir que cada rincón le pertenecía.

Habían dejado su mochila apoyada contra una pared, sin abrir. Su camiseta oscura, empapada en sudor, estaba extendida en el suelo junto a ella y no parecía muy seca. Se acercó lentamente a la mochila y se sentó en cuclillas, abriéndola para considerar si cambiarse de ropa, lo que le hizo recordar que en algún momento "Casa" le había amenazado con un baño. No le molestaba limpiarse, pero si ella iba a comenzar a comportarse como Marina...

Dirt sonrió y se quitó los pantalones. Mejor ensuciarse bien primero, pensó. Sería bueno cubrirse completamente de su mugre, ya que quizás pasara un tiempo antes de tener otra oportunidad. Mostrar sus piernas desnudas rápidamente le hizo sentir mucho más frío que antes, pero no iba a rendirse tan fácilmente. Chasqueó los dedos para invocar una luz, luego la convirtió en una brasa caliente que flotaba cerca.

Luego tomó el pergamino mágico y se sentó contra la pared, temblando por el frío de la piedra. Casi se rio de sí mismo. ¿Qué tan débil empezaba a estar? Unas semanas usando ropa la mayor parte del tiempo, y aquí estaba incapaz de soportar una mañana típica en su propia villa.

Lo segundo que notó fue lo extraño que resultaba estar sentado en el suelo. Ya no era la misma habitación desde esa posición. Realmente necesitaba hacer algunas sillas. Ahora que pensaba en ello, se preguntaba si podría convencer a las dríadas para que traigan algunas desde Ogena con viaje por las raíces. Ahora tenía oro, así que podía comprarlas. Quizás en otra ocasión.

Desenrolló el pergamino y pasó por alto las partes importantes, revisando los diagramas por enésima vez. Después de ayer, tenía más referencias, y quedó impresionado por su calidad. Todos los diagramas estaban bien dibujados, a la perfección, realizados por una mano meticulosa. El encantamiento incluso conservaba el pequeño pincho del compass en el centro de todos los círculos.

La tierra practicaba mirar más allá de cada diseño para ver la verdad que se ocultaba tras él, la realidad escondida en el mundo mágico. Los dibujaba uno por uno con su cuerpo de maná, aislados y desconectados para que no hicieran nada, y los observaba resolverse en una imagen auténtica. A veces lograba su propósito, ofreciéndole una visión más clara de un mundo cuya forma mental no era la adecuada. Principalmente, los sigilos más sencillos, signos de modificación o aquellos que trataban con elementos básicos, como el calor de su ascuas.

El diagrama de varios tipos de calor y frío le evocó un recuerdo, y se levantó de un salto, ansioso por alcanzarlo antes de que se desvaneciera. ¡Ya tenía algo para el calor y el frío! Corrió fuera de la habitación y descendió por el pasillo, arriesgando darse con los dedos en los pies en la penumbra casi perfecta donde la tenue luz aún no llegaba. Estaba justo allí en el atrio, en la esquina donde solía sentarse a leer. ¿Cómo no lo había visto antes?

Dirt cambió su ascuas cálida por una luz suave, pues en el atrio todo estaba oscuro como la noche. La luz flotante brincaba y se movía para seguirle mientras corría hacia la esquina, haciendo que su sombra saltara de manera frenética contra los frescos desvaídos. Estaba en el lugar exacto. ¡El dial! El único parecido en todo el mundo. Sonrió con alegría, aunque fuera en soledad, y su voz resonó en la habitación vacía.

El dial era exactamente como lo recordaba. No muy grande, con forma de hoja y suficiente oro para hacer diez collares, y la punta indicaba qué encantamiento estaba activo. Tenía cuatro ajustes, cuatro circuitos de encantamiento completos que lograban regular la temperatura en toda la villa simultáneamente. Tal magia era sorprendentemente costosa, pues requería mantener a alguien en servicio regular para reabastecerla, generalmente cada hora. Incluso los ciudadanos pudientes que solicitaban uno fabricado preferían contratar a un mago para alimentarlo con mana en ocasiones especiales.

Pero el suyo era especial. Avitus había sido un genio entre genios, o eso se había creído antes de encontrarse con los lobos o los árboles. Él mismo había instaurado el encantamiento, supervisando la grabación de cada línea en cada piedra de toda la villa con un nivel de precisión sin precedentes. Una sola carga de mana podía calentar o enfriar el edificio completo por más de diez horas, y él mismo podía rellenarlo.

Eso por sí solo habría sido suficiente para que su nombre se pronunciara en todo el Imperio del Atardecer, pero fue más allá, superponiendo los cuatro encantamientos en el mismo lugar para

poder seleccionarlos con este mismo dial. La parte inferior sólo completaba un encantamiento a la vez al girar.

Dirt lo ajustó a 'templado cálido', con la mayor delicadeza posible, conteniendo la respiración por miedo a que se rompiera en sus manos. Giró un poco, haciendo chirriar la pieza, pero giró. Tocó el dial con la punta de un dedo y le vertió algo de mana.

No pasó nada. Ni siquiera pareció intentarlo. Intentó no decepcionarse demasiado. Después de todo, esto era antiguo y no hacía falta mucho para arruinar el hechizo. Una piedra mal colocada, una línea alterada por una grieta, cualquier cosa. No, esto era sólo otro proyecto en su lista creciente. Tal vez podría trazar los patrones y entender cómo funcionaba, pero no sería fácil, tendiendo que desmontar las piedras para mirar entre ellas. Otro día sería esa tarea.

Tomó el pergamino y salió al aire fresco de la mañana, donde la niebla rondaba a su alrededor. Gotas de agua caían como lluvia de las helechas agitadas mientras caminaba por donde solía estar su jardín. Las pequeñas cercas de hierro habían desaparecido, igual que las flores que había plantado en cada espacio. Y el árbol en el centro de los caminos entrecruzados también había sido talado, dejando a su paso solo un tronco en el suelo. Ya no quedaba nada de eso, pero se sentó en los adoquines lisos donde una vez descansaba el banco y retomó la lectura del libro de enseñanza.

En total, contenía unas quince hechizos y encantamientos básicos, y treinta y seis palabras mágicas diferentes para combinarlos. Apoyó su mentón en las manos y dejó a un lado el libro, preguntándose qué podría decir con esas treinta y seis palabras. Ni siquiera eran palabras en el sentido habitual. Ciertamente, no 'hola'. ¿Cómo podría existir una palabra mágica para decir hola en primer lugar? 'Hola' no es una operación. No es una función del mundo que necesite energía. Solo era una idea. Bueno, las ideas eran funciones de una mente, y los elementales y los árboles tenían esas mentes, así que debía de haber más en ello.

Pensando si los árboles ya estaban despertando, cerró el pergamino y se levantó, sintiendo un ligero estremecimiento por el frío. Caminó por la senda de piedra hasta la puerta, donde solo permanecían manchas oscuras de óxido en las bisagras. Las dríadas afuera seguían dormidas, de pie, sin mirar nada en particular. Muñecas vacías.

Si alguna de ellas hubiera sido Callius, Dirt tal vez se habría sentido tentado a cambiarla en algo diferente, o quitarle los ojos o hacer alguna broma. Solo para ver qué haría. Pero no las conocía lo suficiente y no podría distinguir las entre la multitud. La última cosa que quería era ofender a un árbol.

Sin nada mejor que hacer hasta que las dríadas comenzaran a despertar, Dirt caminó de un edificio a otro, revisando interiores y jardines para ver qué había sobrevivido. Todo lo de madera había desaparecido hace tiempo, igual que la mayor parte del metal, pero aún así había mucho por hallar. Estatuas y otras tallas, en su mayoría en excelente estado después de estar enterradas tanto tiempo y protegidas de las inclemencias del tiempo. Sin esqueletos. Si alguno de ellos hubiera resistido, los árboles se los habrían enterrado.

Una pequeña casa en una fila de apartamentos tenía una caja de cerradura de bronce de la altura de su rodilla, que probablemente las dríadas habían tomado por mobiliario. Las bisagras oxidadas

se rompieron al abrirla y en su interior solo quedaba una capa gruesa de material negro, duro como piedra. Pero si esa caja no había sido abierta por las dríadas, eso significaba que probablemente había muchas más en el mundo que tampoco habían sido abiertas, y esa idea despertó tanta curiosidad en él que pensó en posponer su trato con el elemental hasta el día siguiente.

No obstante, no pudo seguir buscando, porque las árboles despertaron y salieron a buscarlo. Cuatro de ellas, todas niñas que no reconocía, estaban en la puerta del edificio y esperaban a que él saliera. Ignoró ostentadamente que las cuatro llevaban tunicas cortas y ásperas, mientras él no llevaba nada.

"Buenos días," dijo.

"Buenos días, amigo Dirt," respondió una. Su voz era un gruñido inhumano y entrecortado que le hizo sonreír ligeramente. Aún necesitaba practicar.

Solo se quedaron mirándolo con expresiones agradables pero imperturbables.

Se pasó la mano por el vientre y preguntó: "¿Cómo va el árbol nuevo? ¿El que planté junto a Ogena? ¿Está saludable?"

"Ella está bien," dijo la misma hada. "La llaman la Petite Mistress." La Pequeña Soberana.

"Me gusta. ¿Está creciendo rápido?"

"¿Comparado con qué?" preguntó la segunda hada, su voz sonando un poco más profunda.

"Buena pregunta. No importa. Espero que sea feliz, al menos," respondió.

"Todos somos felices," dijo un hada.

"Supongo que eso es verdad," afirmó Dirt. Aspiraba a no ser demasiado evidentes al mirarse sobre los hombros para ver si alguien más se acercaba. Hasta ahora, no había nadie. "Entonces, ¿estás cerca? ¿Dónde estás?"

Cada hada hizo una pausa por un momento, luego se voltearon y señalaron en diferentes direcciones. Como sospechaba, eran los cuatro árboles más cercanos, aún a varios cientos de pasos de distancia.

"Bien. Necesito que uno de ustedes me muestre algo. ¿Les importaría hacer un espacio en sus pensamientos para mí? Cualquiera de ustedes sirve, si están dispuestas. Entonces, esto es lo que me pregunto: cuando hablan en el mundo de la magia, ¿cómo comparten una idea como 'hola'? ¿Tienen palabras mágicas que representan otras cosas, como mis palabras?"

"No decimos hola," dijo la hada de voz susurrante.

La tercera hada, que aún no había hablado, extendió su mano en silencio. Él la tomó y ella lo guió fuera del apartamento y a la calle. Las otras tres se quedaron quietas por un momento, comunicándose entre ellas a través de sus raíces, y luego las siguieron.

"¿Qué estamos haciendo?" preguntó él, pero ella no respondió. Puso su rostro en la expresión perfecta de amistad, aunque no se molestó en mantenerlo muy vivo. Sin embargo, sus extremidades se movían como las de un humano, y su mano parecía lo suficientemente carnosa.

Se detuvieron en el centro de la calle, en una sección bien conservada que encajaba a la perfección. Solo necesitaba una buena lluvia para lavar la tierra negra, pero eso nunca ocurriría.

La hada adoptó la postura que Héctor tenía cuando enseñó a Dirt su primer baile. De lado, con los brazos extendidos. Dirt sonrió y asumió la posición adecuada mientras las otras tres unidades aplaudían con un ritmo constante. Perfectamente sincronizadas. Sus tres juegos de manos sonaban como un solo par.

Ella puso una sonrisa entusiasta en su rostro y comenzó el baile, empezando justo como él recordaba. Resultó que ella lo sabía mejor que él, aunque él había tenido más oportunidades de practicar. Cada pie aterrizaba en el lugar correcto, en una sola secuencia que llevaba a otra. Cada vez que estaba a punto de desviarse, un suave tirón en su mano en una dirección u otra lo devolvía al camino correcto.

Luego, otra hada se unió, tomando su otra mano, y el baile se transformó por completo, aunque los pasos seguían siendo similares. La misma danza, incluso, solo que modificada para mantenerse en línea y bailar con más participantes. Él aprendió rápidamente y empezó a tararear una pequeña melodía para acompañarlos.

El baile cambió de nuevo cuando las dos hadas se tomaron de las manos formando un círculo. Dirt dejó de tararear hasta que vio cómo iba a resultar. Giraban en lugar de ir de lado a lado o de un lado a otro, y una vez que pudo seguir el ritmo, añadieron nuevos pasos a la mezcla, expandiendo la danza.

"¡Oh!" exclamó, deteniéndose. "¡Ya entiendo! Está bien. Sí. Tiene sentido."

"¿Qué has entendido?" preguntó la chica de voz profunda.

"Cómo hablan. Creo que podría haber deducido esto por lo que vi ayer, pero ahora realmente lo entiendo. Ustedes no hablan. Juegan juntos, y así expresan sus sentimientos," afirmó.

Todos los cuatro se rieron cortésmente, y ninguno de ellos logró captar exactamente los sonidos. La ejecución fue espantosa, lo que le hizo soltar una carcajada también. "Lo suficientemente cerca," dijo el de respiración entrecortada.

"Estoy listo para intentarlo de nuevo. ¿Puedes llevarme otra vez arriba? ¿O deberíamos esperar a que despierten los demás? O, en realidad, ¿vas a hacer que suba como ayer?" dijo Dirt, alejándose de la calle y adentrándose en los helechos donde el viaje por las raíces podía alcanzarlo.

En respuesta, se sintió lanzado hacia arriba, una sensación que se volvía más familiar con cada ocasión. Cuando fue arrojado al aire, no había suelo que golpeará y, en el instante de desconcierto, alcanzó desesperadamente la rama más cercana y la falló. Una mano le agarró y lo rescató. Callius.

“Buenos días, Dirt. Menos mal que saliste lo bastante cerca para que pudiera atraparte,” dijo.

Dirt tragó saliva ante el tumulto acelerado en su pecho. La caída era muy larga. Ni siquiera podía ver el suelo entre la niebla que lentamente se disipaba. Con la protección de mana, quizás sobreviviera a esa caída. Quizás. Pero tal vez no tocara un suelo blando. Podría aterrizar en una calle.

“La próxima vez, pon una red para que pueda aterrizar,” dijo.

“¿Y cómo sabes que ya no hay una allí abajo?” replicó Callius.

“Debería estar aquí arriba.”

“Pero si está allá abajo, tendrás tiempo de reflexionar sobre tus errores antes de que te atrape,” comentó Callius.

“Creo que tendría otras cosas en la cabeza,” dijo Dirt.

“No te soltaremos,” afirmó Home, asomándose a medias desde una hoja. Dawn se unió a ella, una chica con mujer. Ambas se tomaron de las manos.

“Al menos, no a propósito,” dijo Dawn, con los ojos brillando al sol matutino.

Y por fin, la luz del sol emergía, rompiendo lentamente el horizonte. Sus rayos encendieron el polvo y la humedad que atravesaban entre las hojas, llenando el paisaje de líneas de gloria. Luz dorada brillante, verdes claros, y el cielo azul sin imperfecciones arriba. Quizá debería construir un pequeño espacio para visitar aquí arriba. Una plataforma para sentarse, con una cama para las largas siestas de la tarde.

Socks nunca vería esto, pensó con cierta nostalgia. El cachorro era simplemente demasiado grande para que estas ramas ligeras lo sostuvieran. No había lugar para que él se quedara en pie, aunque pudiera subir hasta aquí de alguna manera. Dirt tendría que compartir mentalmente esa imagen, por lo que se esforzó en experimentarla con todos sus sentidos al máximo.

El aire era tranquilo y frío, pero comenzaba a calentar y a moverse con el sol naciente. Corrientes de aire entraban, y poco después llegaban los elementales, danzando entre las copas enredadas de los árboles mientras viajaban. Les envió una idea mental de saludo, cálido y amistoso, que parecieron entender, aunque quizás no devolvermelo.

Luego, una brisa equilibrada y constante inclinó varias pasos la copa del árbol y volvió a calmarse para dejarla balancearse de nuevo en su lugar. Una y otra vez, hasta que, por fin, Dirt vio cómo la mente del gran elemental aparecía y crecía hasta su tamaño anterior a medida que se acercaba

cada vez más.

Un baile. Un baile, pensó. Cerró los ojos y dijo: “¿Puedes decirle que no necesita poner cara rara a menos que quiera? La veo perfectamente. Sé dónde está.”

No volvió a abrir los ojos para ver el resultado. En cambio, dirigió su mirada hacia adentro y colocó sus pensamientos con firmeza en su cuerpo de mana. La sensación del aire en su piel era imposible de ignorar, pero la permitió, observando en lugar de resistirse.

La tierra pronunciaba palabras mágicas, fragmentadas, sin poder real tras ellas. Movimiento, movimiento que transformaba la quietud en acción, movimiento que persistía hasta completarse. El viento, un término que él conocía profundamente. Viento en movimiento, elevándose en existencia.

La gran elemental respondió, y la Tierra sintió cómo surgían nuevas palabras que se construían a su alrededor, revitalizándolas y enriqueciéndolas. Algunas las reconocía, como chispas y luz. Ideas de formas físicas se prensaron en su cuerpo de maná, no como ellas mismas, sino como el espacio creado por el movimiento en torno a ellas.

No podía simplemente escuchar sus palabras. El baile requería de dos. La Tierra luchaba por observar los patrones, por sentir y experimentar lo que ella le transmitía, esforzándose en reaccionar con su vocabulario limitado.

La Tierra percibía el aire sobre su piel desde su perspectiva, al mismo tiempo que lo experimentaba desde la suya propia. Ella lo representaba en magia, y él respondía compartiendo la palabra de ‘invocar’. Ella lo matizaba con la forma de una tela que giraba en torno a todo, como si buscara un lugar donde integrarse.

Junto con ese concepto mágico, su mente albergaba una pregunta, curiosidad. Solo esa emoción. Sin palabras, claro, pero podía percibirlo claramente. “¿Por qué estás desnuda?” ella preguntaba.

La Tierra sonrió y agitó su brazo y pierna libres, dejando que el aire que corría la bañara. Pasó la mano por su cabello, sintiendo cómo el viento también lo jalaba. ¿Cómo debería responder? Movimiento, eso era todo lo que podía pensar. Le envió una sensación mental de libertad, y ella creó una nueva palabra, una compleja, que su cuerpo de maná luchaba por aceptar de una sola vez. Liberación de las ataduras. Eso era. Liberación de las ataduras.

Él dibujó esa misma palabra, compartiendo mentalmente su alegría. Su entusiasmo. ¡Era posible! Realmente podían comunicarse. Podría aprender tanto, y todo lo que necesitaba era practicar. Volvió a dibujar la libertad de las ataduras y esta vez, la adornó con movimiento y la forma del viento al desplazarse a su alrededor.

La mente del elemental titiló, casi de un extremo a otro, en pura excitación. El viento aumentó de repente, pasando de una ráfaga constante a un viento fuerte que doblaba la copa de los árboles a una docena de pasos. El aire presionaba con fuerza sobre su piel y sus ojos cerrados. Tuvo que respirar con la boca casi cerrada. El miedo lo apretó, y su mente se apresuró en pensar en cómo decirle que desacelerara.

Pero ella no aminoró el ritmo. El viento creció otra vez, y de repente, lo arrancó de su perchero, lanzándolo hacia arriba como una hoja en medio de una tormenta.

Revision #1

Created 2 May 2026 06:42:13 by Diana Prince

Updated 2 May 2026 06:42:17 by Diana Prince